

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Colección dirigida por Michi Strausfeld
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© María Fiter, 2014
© De las ilustraciones del interior y cubierta, Romina Martí
© Ediciones Siruela, S. A., 2014
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
www.siruela.com
ISBN: 978-84-16120-46-8
Depósito legal: M-6.802-2014
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Agradecemos su colaboración a:
Gesampa, S. A. y Villabuena Inversiones, S. L.

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Julietta

y el silencio del río



María Fiter

Ilustraciones de Romina Martí

 Siruela

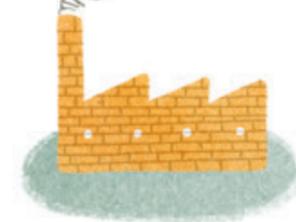
Las Tres Edades/Cuentos ilustrados

*A mi hermana Meritxell,
que ha sido siempre un cobijo de sabiduría
para todas mis inquietudes.*

Este relato está dedicado a todos los ríos,
peces, pájaros, agua, aire, montañas, valles,
bosques, árboles, suelo, fauna, flora y demás
ecosistemas, que no se merecen el trato, el poco
cuidado y el desprecio que tenemos hacia ellos;
sin olvidar a los *minairons** que no sabremos
nunca con seguridad si existen o no.

* *Minairó*: duende legendario que se encuentra en el Pirineo catalán, en Andorra y en otras regiones de Lérida. Los *minairons* ('mineritos') son enanos de las minas. El trabajo de las minas es muy penoso y peligroso. Se circula por galerías angostas, oscuras, con mala ventilación. Estos seres fantásticos ayudan y protegen a los sufridos mineros.





«Una civilización capaz de intuir
a Dios y de emprender la colonización
del espacio seguramente encontrará
el camino para salvar la integridad
de este planeta y la magnífica
vida que atesora».

El futuro de la vida
EDWARD O. WILSON

Érase una vez...

... en un lejano lugar del planeta Tierra (y a la vez muy cercano a tu casa), un ancho valle por el que discurría un río caudaloso. Este río descendía, imponente, entre fantásticas montañas que

en invierno se cubrían de un sereno color blanco; el color de la nieve.

Durante el invierno, algunos animales hibernaban, es decir, se protegían del frío retirándose a dormir. Eran sus días de tranquilidad. Cuando despuntaba la primavera los animales comenzaban a desperezarse (por cierto, con grandes legañas en los ojos) y poquito a poco todo empezaba a moverse.



Los grandes árboles se desprendían de la nieve acumulada en sus ramas y unos tímidos rayos de sol se colaban en el bosque. Así, la paz del invierno dejaba paso a una primavera incipiente y deliciosa.

A medida que la nieve se derretía, empezaban a formarse riachuelos que se juntaban hasta formar el río de esta historia.

El gran río recogía a su paso miles de arroyos y así, poco a poco, fluía valle abajo hasta mostrarse con orgullo en todo su esplendor. Sus aguas eran limpias y transparentes y las rocas disfrutaban enormemente cuando el río y ellas jugaban a chocar. Se dejaban hacer de todo a su capricho y les encantaba (era un bullicio, ya que con sus juegos salpicaban las orillas).

El río, con tantos días de juegos, las moldeaba a su gusto. Ellas estaban felices y él descendía, a veces alborotado y a veces tranquilo, hasta llegar a su final, que siempre es el mar. Allí, río y mar se fundían en un gran abrazo. Al principio, el río refunfuñaba porque el agua del mar es muy salada... ¡y él era muy dulce!



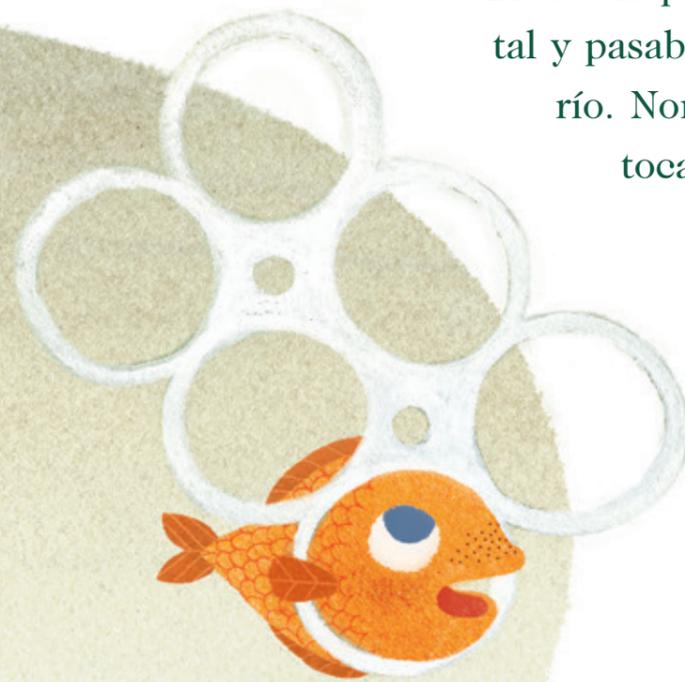


Pero enseguida hacían las paces y sus aguas pasaban a formar parte del gran mar.

Dentro de nuestro río vivían muchas familias de peces. Una de ellas era muy especial.

Julieta era la mami, Barbatz era el papi y Pir, el pequeñín. (Durante un tiempo le llamaron Pirtzzzzzzzz porque, al ponerle hierros en la boca para enderezar sus pequeños dientes, hablaba con la zeta.)

El día en que todo comenzó, Julieta llevaba un gran delantal y pasaba la escoba por duodécima vez a su trocito de río. Normalmente limpiaba Barbatz, pero esta vez le tocaba a ella. Su trocito de río estaba muy sucio, a pesar de que lo limpiaba continuamente. Por aquel entonces, el río de Julieta era marrón y tenía muy poca agua; las piedras sobresalían de él, y estaban entumecidas y muy calladas.





Ya no tenían un amigo juguetón que las divertiera, mojara y moldeara. (Qué diferente del río que Julieta recordaba de su niñez...)

Barbatz entró de repente en la pequeña cueva que era su casa y le dijo a Julieta:

–¡Julia! –Cuando estaba enfadado y preocupado siempre la llamaba así–. ¡Esto no puede ser!

Julieta pensó que a veces su querido compañero era muy pesado, ¡y más por las mañanas!

–Julia, ¿quieres escucharme y dejar la dichosa escoba?

Julieta respiró profundamente y le dijo:

–¡Hoy te veo las barbas más puntiagudas y sin arreglar!

Y eso significaba que tenía un gran enfado. A pesar de que Barbatz, gracias a la convivencia y a la infinita paciencia de Julieta, había aprendido a dialogar sin acalorarse demasiado, le resultaba difícil controlarse y a veces todavía se le escapaban ataques de impaciencia. (Hablar con respeto a los seres queridos es básico en una relación, por eso, aunque nos cueste, hay que aprender a hacerlo.)

Barbatz le dijo a Julieta:

–¿Te puedes creer que ninguna piedra del río quiso hablarme? Las piedras estaban calladas y entumecidas. Luego me fui un rato a tomar un café y no había ni un amigo.

Al salir me encontré con Juana, la carpa, y Óscar, el esturión, estaban tristes y preocupados, hablaban sobre el río Citarum. ¿Recuerdas cuando fuimos allí de vacaciones?

–Sí, el sol entraba a raudales y sus aguas eran limpias. Las piedras, qué amables, ¡siempre tenían una sonrisa para Pir! Y por la noche la luna se miraba en sus aguas, ¡la muy coqueta! Y leíamos un rato aprovechando su luz. ¿Recuerdas que Pir se bebía la luna cada noche en su platito de sopa?

–Pues ahora dicen que ya no se puede vivir en él –dijo Barbatz–. Muchos peces han tenido que marcharse, sus aguas están muy sucias. Y nuestro río no está mucho mejor. Cuando fui a buscar a Pir al cole, no encontraba el camino, el agua estaba tan turbia que no podía ver casi nada. Había una rueda a la entrada del cole, ¡me di un cabezazo tremendo contra ella! Seguro que algún humano la tiró al río. Y cuando por fin llegué, Pir y todos sus

compañeros estaban apretujados en la ventana, sus caritas estaban pegadas al cristal y reflejaban miedo. Su profesora Merlaza estaba muy disgustada. Me contó que a la mitad de la lectura matinal hubo un gran estruendo, todos los libros volaron por los aires (no como vuelan los sueños al leer un libro...), volaron las sillas y los pupitres y la pizarra se hizo añicos.

Pir, aún muy asustado, añadió:

–Sí, mami, una gran estufa cayó sobre el tejado del cole y tuvieron que llevarse a muchos amigos al hospital, ¿quién la tiraría?

